

EL TROTSKY DE PADURA, DANTON Y LA REVOLUCION

Por Miguel Urbano Rodriguez

Un mensaje electrónico de Alberto Dines me llevó a la lectura, muy lenta, de *El Hombre que Amaba a los Perros**, de Leonardo Padura.

Había leído algunas de sus novelas policíacas; admiraba el escritor pero el ciudadano no me inspiraba simpatía. Me interrogaba: qué libro sería aquel, recibido con entusiasmo por la crítica en Francia, España (10 ediciones), Brasil y Portugal?

Después lo percibí. Creo no haber leído en los últimos años una novela sobre la cual sea tan difícil escribir lo que sentí.

El libro tiene más de 600 páginas. La dificultad resulta de haber cambiado de opinión mientras avanzaba en la lectura. La novela es una caja de sorpresas que siembra preguntas sin respuesta.

En la primera parte el talento literario del autor me impresionó mucho. Pero, prosiguiendo, la admiración fue acompañada por un gran malestar. Como explicar la contradicción aparente?

Dos personajes atraviesan el libro: Trotsky y el catalán que lo asesinó en 1940, Ramón Mercader, el «héroe» de la novela.

Padura recurre a una técnica innovadora en su ficción. Uno de los narradores, Iván Cárdenas, es un cubano, escritor frustrado que en una playa al este de la Habana, escuchó la historia del crimen recordada por un amigo de Montaner que en realidad es el mismo Mercader.

Montando una arquitectura ficcional compleja, Padura se inspiró en la historia real y en la historia escuchada para construir una novela ya traducida a muchos idiomas.

Las narrativas son paralelas pero interconectadas: la vida trágica de Trotsky desde su destierro en Cazakistan en 1928 al asesinato en México en 1940; y la metamorfosis de Ramón Mercader, el catalán de origen aristocrática que de la batalla de Madrid evolucionó sin formación ideológica hacia el fanático operacional de la NKVD (precursora del KGB) que mató Trotsky con una piqueta.

Iván, el narrador cubano, revela, en la reflexión sobre su vida, su alejamiento de la Revolución. No solo desaprueba como desea el fin del socialismo, de un régimen al que responsabiliza por la pobreza, el atraso, la corrupción, el miedo que, así piensa, se arrastra como lepra por la Isla. Siente aversión por el comunismo.

La meditación es de Iván pero sus ideas, críticas y aspiraciones son de Padura.

El escritor, como la gran mayoría de los jóvenes de su generación, apoyó la Revolución en su inicio. Pero pronto se desencantó. El Partido, sus dirigentes, el discurso marxista, la influencia soviética, pusieron fin a sus ilusiones y anhelos juveniles.

Conocí en Cuba, durante mi larga permanencia en la Isla, a muchos intelectuales que pasaron de la adhesión a la desilusión.

No condeno a todos los que han renunciado a la militancia revolucionaria. El hombre es un ser en permanente mutación. Pero las transformaciones ideológicas no son uniformes: difieren mucho.

La novela de Padura me hizo recordar conversaciones con Lisandro Otero, un gran escritor. De revolucionario apasionado, disciplinado, que desempeñó funciones diplomáticas en Europa y América Latina, caminó lentamente hacia un escepticismo que transparentó en artículos publicados en *Le Monde Diplomatique*.

Al leer su novela *El Árbol de la Vida* lo procuré en su casa para intentar comprender lo que lo había conducido de la apología a la crítica.

Su respuesta, confusa, titubeante, no me esclareció. El mensaje de su novela es pesimista: sucesivas generaciones pasaron en Cuba, desde la época colonial, de la rebelión al conformismo, a la ruptura con la moral y la ética.

¿Por qué? Porque, según Lisandro, todas las revoluciones acaban por devorar a los que osan desafiar el orden preexistente.

Sin embargo, Lisandro Otero, naturalizado mexicano, invirtió el rumbo en los últimos años de su vida, retomó la defensa de la Revolución. Y le fue atribuido el Premio Nacional de Literatura.

Danton, al contrario de Lisandro, no recuperó la esperanza después de perderla. Había sepultado la idea de revolución como utopía. Aparece en la Historia como la antítesis de Robespierre.

El camino de Trotsky es sinuoso, en ciertas fases casi incomprensible, pero murió creyendo en la revolución mundial como meta al alcance del hombre.

EL ENIGMÁTICO PADURA

Padura (a quien el gobierno de Rajoy le concedió la nacionalidad española) desconcierta al lector. Se aleja del estilo del anticomunista tradicional. Para convencer utiliza un proceso que lo aleja de historiadores antisoviéticos como el norteamericano Robert Conquest y de escritores como el ruso Solzenitsin, que para exorcizar el socialismo no hesita en atribuir a la Revolución Francesa de 1789 el origen de todos los males que culminarían en la Revolución bolchevique de Octubre de 1917.

Padura se esforzó por cubrir su libro con el manto de seriedad que dio prestigio a la novela histórica, de Walter Scott y Víctor Hugo a Tolstoi. Se preparó durante muchos años para escribir de 2006 a 2009 su obra definitiva.

Estudió marxismo. Conoce la Historia de las Revoluciones rusas, leyó mucho sobre la generación de revolucionarios profesionales que acompañaron a Lenin en el gran desafío de 1917. Casi todos (Kamenev, Zinoviev, Rikov, Preobragensky, Piatakov, Radek, Rakovsky, entre otros) fueron acusados, en los Procesos del 36, 37 y 38, de traicionar la Revolución. Y, con excepción de Radek, fusilados.

Padura reunió una documentación importante. Visitó la URSS. Tuvo acceso a los archivos soviéticos cuando Yeltsin los abrió. Registro que algunas de sus citas reproducen los textos originales. Su libro transparenta intimidad con la ciudad de Moscú.

Ese rigor aparente en el montaje de la novela contribuye a insertar confianza en el lector, persuadiéndole con habilidad de que este regreso a Trotsky recrea en una obra de ficción el revolucionario y el hombre.

Sin embargo esa conclusión no respeta la Historia. El Trotsky de Padura es un personaje muy diferente del Trotsky real. Hay exactitud en la evocación del itinerario del exiliado, erigido por Stalin en enemigo numero uno. Lo acompaña en el exilio, en Turquía, en Francia, en Noruega, y en sus últimos años en Coyoacán, en México.

Mi amigo brasileño el escritor Alberto Dines, al expresar su aprecio por el talento de Padura, subraya «el extraordinario trabajo de investigación y montaje literario».

El comentario es pertinente. Pero Padura no es un historiador. Deforma capciosamente a Trotsky. Abusando de la libertad del literato atribuye al revolucionario exiliado, en sus meditaciones sobre el pasado, arrepentimientos y dudas incompatibles con su personalidad y clarividencia.

Padura transcribe un párrafo de un documento político, casi un testamento, en el que Trotsky afirma: «Moriré- escribió- siendo un revolucionario proletario, un marxista, un materialista dialéctico».

Es clara la afirmación. Pero Padura insinúa que Trotsky estaría arrepentido de su responsabilidad en la represión de los marinos de Kronstadt en 1921, y de su falta de firmeza en la defensa de los sindicatos durante el debate sobre el tema en el Comité Central. En realidad, Trotsky fue uno de los adeptos de la implacable represión del motín de Kronstadt y Lenin lo criticó por haber tomado la iniciativa de la militarización de los sindicatos durante la guerra civil.

En un capítulo de su libro el escritor sugiere que Trotsky, repensando el pasado, era asaltado por dudas angustiantes sobre la viabilidad del proyecto comunista. Padura le atribuye pensamientos como este: «sería el marxismo solamente una “ideología”, una

especie de falsa consciencia que llevaba a las clases oprimidas a creer que luchaban por sus propios fines, cuando en realidad beneficiaban los intereses de la nueva clase gobernante?» (pag. 417).

AMBICION DESMESURADA

Padura dedicó tres años a escribir su novela pero concibió el proyecto muchos años antes. Corrió por el mundo, de Barcelona a México, pasando por Moscú y París, en busca de inspiración (y contactos) para impregnarse de la atmósfera de los escenarios donde Mercader–Mornard se había preparado para su entrada en la Historia.

Lo quemaba una ambición desmesurada. Creyó que iría a construir una catedral de la literatura. Esperaba quizá elevarse al nivel de Gorki y Tolstoi. No alcanzó la meta. Escritor de gran talento, no consiguió producir una gran obra.

La novela prende por la técnica, por un *suspense* que tiene algo de John Le Carré. Los personajes principales –Ramón Mercader (enmascarado de Mornard-Jacson), su madre Caridad Mercader, el ruso Kotov (también llamado Tom, Grigoriev, Roberts, Eitingon), responsable de la Operación *Canard*, montada para el atentado de Coyoacán, están muy trabajados. Pero Sylvia Ageloff, la joven trotsquista amante de Mercader, una mujer inteligente, surge como figura tonta, de caricatura.

Las referencias a Frida Khalo, incluso a la breve relación amoroso-sexual que la gran pintora mantuvo con Trotsky, tienen algo de folletín. El Trotsky de la novela es artificial; los agentes secretos soviéticos, por su perversidad y maniqueísmo, no son convincentes. Padura exagera tanto en su demonización de la NKVD (heredera de la Tcheka) que no alcanza el objetivo.

Desconozco los viajes del escritor para documentar se e inspirarse. Pero es tal la minucia en las referencias a ciudades como Barcelona, Madrid, Moscú, París, Nueva York y México DF que el lector acaba creyendo que Padura conoció íntimamente los barrios, los jardines, las calles, los hoteles, los restaurantes por donde pasó su «héroe», candidato a asesino.

En la Ciudad de México tuve la oportunidad de visitar en Coyoacán la Casa Azul de Frida Kahlo y la casa fortaleza donde residía Trotsky cuando lo mataron. Son lugares que no se olvidan. Recordé detalles de ambas al leer las páginas en que Padura describe el momento en que Mercader hundió el cráneo de Trotsky con la piqueta de alpinista que traía en la gabardina. Me invadió un sentimiento de repulsa, náusea y mal estar.

UN FINAL FOLLETINESCO

La novela pierde calidad como obra literaria en la tercera y última parte, *El Apocalipsis*. Ramón Mercader sostuvo ante el jefe de la Policía secreta y el Tribunal que la iniciativa del crimen fue exclusivamente suya. No habló bajo tortura. En los tres presidios por

donde pasó declaró siempre ser belga y llamarse Jacques Mornard, pese a que la justicia mexicana sabía hace mucho que era el catalán Ramón Mercader.

Cumplidos los 20 años de prisión a que fue condenado, viajó a Moscú donde Kruschov le otorgó la Orden de Lenin y le concedió el título de héroe de la Unión Soviética.

El hecho de que pasó mas tarde largas temporadas en Cuba habrá contribuido a despertar el interés de Leonardo Padura.

Inadaptado al clima ruso, pidió a Fidel autorización para residir en Cuba y el pedido fue atendido (falleció en La Habana en 1978 de un cáncer muy agresivo).

Su permanencia en la Isla habrá contribuido a despertar el interés de Padura por el famoso aventurero. Pero no hay indicios de que haya renunciado a sus convicciones políticas.

Sin embargo, Padura en su novela somete a Mercader a una radical metamorfosis ideológica al llegar a la URSS.

Según el escritor, cuando reencuentra a Eifingon en Moscú en 1968, en una época en que usufructúa privilegios excepcionales como héroe de la URSS, el ex-agente secreto, que había dedicado su vida al comunismo e idolatraba a Stalin, mantiene con su antiguo tutor diálogos que sorprenden al lector, en los que se transparenta la frustración de ambos y su ruptura anímica y ideológica con el régimen soviético.

Eifingon cuenta que, después de la muerte de Beria, paso 15 años encarcelado. Y confiesa al compañero que le mintió. Le dice que Stalin deseaba que fuera abatido por la seguridad de Trotsky, porque vivo seria muy incomodo y podría hablar.

Mercader y Eifingon, al evocar episodios históricos no hablan como revolucionarios decepcionados; se expresan con el rencor de víctimas de lo que consideran un engranaje triturador que los habría usado como meros instrumentos.

Transcribo dos reflexiones de Mercader: «la confesión de que no solamente había sido utilizado para efectuar una venganza como considerado una pieza más que prescindible, hundió la ultima tabla de salvación que lo unía a aquellos años llenos de desengaños y descubrimientos dolorosos» (pag. 567).

«Sintió el desengaño minarlo por dentro. Los vestigios del orgullo en que, pese a las dudas y la marginalización, se había apoyado, se iban evaporado con el calor de verdades demasiado cínicas» (pag. 568).

Es el lenguaje de alguien que ya no se sentía comunista. Es transparente para mi que quien habla por Mercader y Eifingon es Leonardo Padura, el escritor cubano que odia -es la palabra- el socialismo y el comunismo.

Un amigo cubano, comentando la motivación de «los que se van o se quedan desafectos» me escribió en una carta reciente:

«Una buena parte lo hace porque es el camino de la fama, sea esta merecida o no (...) a veces es también la vía de mayor entrada económica (...) Una situación que da muchos dividendos es caminar por el *border line*».

Pensé en Maduro al leer esa carta.

Registro que la calidad literaria de su novela baja mucho en el ultimo capítulo, cuando Padura regresa al narrador Iván (que muere).

Una nota personal:

Desaprobé desde la juventud, antes de adherir al Partido, la trayectoria de Trotsky.

Mas tarde leí muchos de sus libros y critiqué en artículos y conferencias su pensamiento político, su frenético antisovietismo y la creación de la IV Internacional.

Veo en las múltiples organizaciones trotskistas grupos tan negativos que Trotsky no se reconocería en ellos.

Pero condené siempre la feroz persecución de que fue blanco Trotsky, tal como condeno la eliminación por Stalin de su nombre en la Historia y las acusaciones absurdas de complicidad con el nazismo.

Los errores, la intolerancia, la arrogancia de Trotsky no me impiden reconocer que fue un revolucionario equivocado que se asumió hasta el fin como marxista y comunista.

Agregaré a esta opinión que los métodos, errores y crímenes de Stalin no pueden ocultar la evidencia de que fue un revolucionario que vivió para la causa del comunismo y tuvo un papel decisivo en la derrota del Reich hitleriano, en la victoria que salvó a la humanidad del horror fascista.

*Leonardo Padura, *O HOMEM QUE GOSTAVA DE CÃES*, Porto Editora, 2011

Vila Nova de Gaia, 16 de Abril de 2015

Traducido por el autor. Revisado por [La Haine](#)